

## PRÓLOGO

### Granada, el presente

**R**ara vez llueve en Granada. Pero cuando se abren las esclusas del cielo —y ninguna otra expresión sería más acertada para describir lo que sucedió allí esa mañana—, la ciudad al pie de las montañas se convierte en otra.

Se forman charcos sobre las losas irregulares de granito delante de la catedral y entre los guijarros negros y blancos del empedrado del Realejo; las acequias, lavadas por los siglos, conducen los torrentes hacia abajo por los callejones estrechos del barrio árabe del Albaicín y por los corredores angostos de la Alcaicería, el antiguo bazar oriental situado entre la plaza Bib-Rambla y el viejo caravasar, los comerciantes extienden a toda prisa interminables tiras de plástico sobre zapatos de pico, cojines de cuero, lámparas de latón y narguiles. El vendedor africano de la calle de los Reyes Católicos gana en pocas horas con sus paraguas plegables baratos más que en el resto del año, con esa avidez le quitan de las manos las mercaderías los turistas, llegados

del frío y lluvioso norte y preparados sólo para que haya sol en su destino.

Ancianitas de negro caminan valientemente con pasos cortos en zapatillas de andar por casa empapadas, como si no se dieran cuenta del tiempo que hace, subiendo y bajando colinas para comprar pescado o pan. Las calles se vacían. Las ancianas abren las puertas de sus casas y echan una última mirada hacia atrás, al gris del día.

Ya mañana, ellas lo saben, el sol devolverá a la ciudad sus colores, secará los charcos y presentará a los turistas la belleza al pie de la sierra, como lo han prometido todas las guías de viaje. Quizá ya hoy por la tarde incluso.

En la cocina, las ancianas ponen el pescado en la nevera o el pan sobre la mesa. Sólo en invierno es la lluvia la que dice la verdad y el sol el que miente. Ahora, sin embargo, van a despertar una mañana y el último rastro de nieve que persistía en las cimas de las montañas, más allá de la Alhambra, habrá desaparecido. Y el verano, colorido y radiante, hará su entrada en la ciudad desde la sierra. Así ha sido siempre. Así será también este año.

# 1

## Granada en abril, el presente

**D**urante el aterrizaje se habían sumergido a través de las nubes y Boston había tirado una vez más del cierre de su cinturón de seguridad para comprobar si él también estaba bien sujeto cuando comenzaron las sacudidas. Boston se había sentido aliviado cuando había visto que, a su lado, Kadir hacía disimuladamente lo mismo, y también Tukan, al otro lado del pasillo. Al facturar las maletas se habían puesto furiosos porque sus sitios no estaban directamente uno junto al otro.

—¿Por qué tengo que ir al lado de éste? —había gritado Kadir—. ¡No! ¿Por qué no puedo ir junto a Tukan?

—Sólo está el pasillo en medio —había dicho la señora Hilbert—. Así que prácticamente te sentarás junto a Tukan. No estés de morros, Kadir.

—¡Sentaos! ¡Por favor, sentaos todos! —había gritado el tímido profesor de español en prácticas mientras caminaba nervioso por el pasillo. Como si alguien hubiera planeado hacer otra cosa.

—¡Mierda, tío, mierda! —había exclamado Kadir y había hecho una mueca a espaldas de la señora Hilbert. Después Boston se había encogido y llamaba tan poco la atención como le era posible. Durante el vuelo ni siquiera había sacado el libro de la mochila que tenía a sus pies, aunque Frodo estaba en ese momento en una situación bastante desesperada; de lo contrario quizá Kadir le habría vuelto a decir algo. En lugar de leer, se había puesto a mirar fijamente las nubes por la ventanilla, que desde arriba se veían como gigantescas bolas de algodón. Arriba: sol, sol, sol.

Naturalmente, aterrizaron con normalidad. El aeropuerto de Málaga estaba cubierto de un gris intenso, y la lluvia golpeaba sobre el asfalto brillante de la pista de aterrizaje.

—De puta madre —murmuró Sergei mientras los pasajeros se empujaban en el pasillo estrecho entre las filas de asientos a derecha e izquierda, esperando a que abrieran finalmente la puerta de salida—. Para tener este tiempo de mierda, podríamos habernos quedado en casa.

—Otras expresiones no conocéis, ¿verdad? —preguntó un hombre mayor que tenía la cara de un rojo encendido.

Durante el vuelo, la mayor parte de los pasajeros había fingido que el grupo no les molestaba, como si no notaran en absoluto a los treinta y dos adolescentes. Boston también opinaba que, en realidad, se habían comportado bastante bien todo el tiempo, ni siquiera habían gritado o algo así. Y además sólo habían bebido los mayores, poniéndose más y más alegres. Alcohol contra el miedo a volar, ya se sabía. Pero, de todas formas, ellos no habrían podido beber; primero, porque las azafatas no les hubieran dado nada y, segundo, porque todos los padres habían tenido que firmar antes del viaje que

daban su consentimiento para que sus hijos fueran enviados de regreso a Alemania sin acompañamiento y a cuenta suya en caso de que consumieran alcohol. «Ya veremos —pensó Boston— si los profesores se atreven a hacerlo.»

—¡Por fin! —dijo Kadir.

La cola de pasajeros comenzó a avanzar lentamente hacia delante. Boston permaneció en su sitio. Era suficiente con levantarse cuando ya no hubiera tanto arremolinamiento.

Al amanecer, Manuel Corazón se sentó suspirando junto a la puerta de su tienda, sobre un pequeño taburete. Ya era la segunda vez que con el palo de la escoba había alzado la lona de plástico sobre la mercancía exhibida en el callejón para que la lluvia, que se había acumulado sobre el plástico transparente en hondonadas profundas, no se volviera demasiado pesada. Si seguía lloviendo así, a cántaros, en pocos minutos tendría que salir de nuevo con el palo.

—¡Mierda! —murmuró.

La Alcaicería vivía de los rayos del sol. Sólo con sol venían de la costa los turistas, hacían una pequeña excursión a la Catedral bajando con sus autobuses por las intrincadas callejuelas de la ciudad después de la visita a la Alhambra y eran conducidos al antiguo bazar por sus serviciales guías para asombrarse ante el aire oriental que aún soplaba por los callejones quinientos años después de la expulsión de los moros; «Desde que los turistas del norte se multiplicaron —pensó burlescamente Manuel—, el aire sopla incluso más fuerte de año en año.» Los visitantes lanzaban pequeños gritos de entusiasmo, hacían girar en las manos piezas de vidrio sopladas

do, examinaban lámparas de latón dejando resbalar sus dedos sobre ellas, examinaban como profesionales unos ceniceros con una decoración de signos en árabe con apariencia de esmalte. Examinaban joyas de plata, figurillas talladas en estatita y sillas de camello confeccionadas en Taiwán. Los vendedores sonreían, asentían con la cabeza y esperaban pacientes. Los turistas siempre acababan comprando algo, la Alcaicería apenas dejaba escapar a nadie sin su botín; y los guías turísticos, que esperaban a sus protegidos sentados tranquilamente frente a un café en la plaza, recibían el agradecimiento de los comerciantes en euros y céntimos.

Si llovía, en cambio, los visitantes se quedaban en los hoteles de la costa y jugaban al bingo o veían en la televisión por satélite qué estaba pasando en sus países. Cuando llovía sólo ganaban dinero los bares de los hoteles entre Gibraltar y Almería, en los que los visitantes pedían café o cacao con ron, a lo que llamaban «lumumba». Incluso los locales en la Bib-Rambla se quedaban vacíos, pese a que abrían como reclamo unas sombrillas enormes y toldos sobre las mesas como protección frente al diluvio que caía del cielo.

Manuel pensó con alivio que ya había pasado la época en que cada mañana se preguntaba de nuevo si realmente valía la pena abrir el negocio. Pero ¿qué hacer, si no? Mientras sus vecinos seguían abriendo el suyo y amontonando en la callejuela frente a la ventana de la tienda zapatos puntiagudos, pequeñas mantas de encaje y llaveros, él también hacía lo mismo. Los ingresos eran ridículos pero, a cambio, los comerciantes de la callejuela siempre estaban juntos para parlotear un poco frente a un cortado o fumando un cigarrillo; cuando la cosa estaba muy tranquila, también para una calada del narguile.

Una vez más no había utilizado la época invernal para decidir de una vez por todas qué debía pasar.

Manuel se sobresaltó y miró a su alrededor: nadie lo estaba observando.

Lo había encontrado semanas atrás, mientras examinaba las estanterías en la oscura parte trasera de la tienda que él llamaba el almacén. Sólo en invierno había tiempo para eso. No había clientes que lo obligaran a salir una y otra vez a la callejuela e intentaran, con una sonrisa pícaro, regatear el precio de las bufandas de seda y las tazas de café de moca proponiendo precios ridículamente bajos sólo para comprarlas finalmente por un precio ridículamente alto.

Manuel suspiró. Todos los otoños se proponía revisar en profundidad de una vez por todas las estanterías del almacén, desechar lo que sólo le robaba espacio y llevar adelante lo que quizá siguiera valiendo la pena poner a la venta. Todos los otoños, con la primera lluvia, comenzaba a ordenar las estanterías de nuevo hasta que al final lo vencía la indiferencia y salía con los otros vendedores a la callejuela a conversar. La indiferencia y el aturdimiento.

Se dio la vuelta y clavó los ojos en la oscuridad del fondo de la tienda. No se había sentido desconcertado cuando el otoño pasado lo había vuelto a descubrir de repente, por primera vez en tantos años. Era prácticamente lo primero que había salido a su encuentro cuando había levantado cuidadosamente las tapas de las cajas de cartón llenas de polvo para ver qué se escondía en ellas. La inscripción en caracteres árabes que tenía en su superficie estaba rota en el lado por el que el azulejo había sido arrancado de la pared y ponía: «*wa-la ghaliba illa'llah*». Nadie hablaba ya árabe en Granada, desde hacía siglos.

Se había preguntado por qué había aparecido de nuevo justo en ese momento, ese invierno, después de no haberlo visto durante tantos años, después de casi haberlo olvidado. Manuel que sabía que algunos recuerdos son como los relatos que los acompañan, nada más que mentiras.

Lo habría olvidado con gusto. Con gusto habría continuado haciendo como si no existiera. Aunque, ciertamente, también sentía curiosidad.

Manuel se levantó. Aún no era necesario sacudir de nuevo el agua de la lona. Se aproximó con pasos vacilantes al almacén. Era abril y aún no había tomado ninguna decisión.

—¡Por supuesto que tú también vas, Boston! —había dicho su madre cuando, después de la reunión de padres, había entrado a su habitación para apagar la luz y lo había encontrado en la cama, despierto y con un libro en la mano—. ¡No vas a perderte una oportunidad así!

—Es bastante caro —había murmurado Boston, y había tenido mala conciencia de inmediato. «No se habla de dinero», decía siempre su madre. «Por cierto, el dinero no es lo más importante en la vida, créeme.»

Pero Boston estaba convencido de que su madre sólo lo decía porque no tenía dinero. Al inicio de sus estudios su madre había ido durante un año a los Estados Unidos y allí había conocido a un maravilloso joven norteamericano; luego había regresado a Alemania; entonces ya estaba embarazada y había tenido a Boston y le había puesto el nombre de la ciudad en la que vivía su padre y por esa razón su madre nunca había terminado sus estudios.



—Pero, si mi padre era tan rico —había preguntado Boston una y otra vez—, ¿por qué entonces nunca le has contado que me has tenido?

Ella se ladeaba un poco y decía que por entonces no había sabido si quería cargar con las complicaciones que seguramente habrían surgido.

Pero Boston estaba seguro de que él sí habría querido cargar con esas complicaciones y que también habría querido a ese papá. Podía encontrar los orígenes de su familia en América a lo largo de cuatro siglos, y eso, en los Estados Unidos, era por lo menos tan valioso como un título nobiliario aquí, según decía su madre. Quien podía decir que sus antepasados habían llegado casi cuatrocientos años atrás en el *Mayflower* era casi como un barón.

Entonces Boston había leído qué era el *Mayflower* y había decidido que no iba a dejar que ninguna complicación lo asustara, y que en el futuro iba a viajar a los Estados Unidos para conocer a su padre tan pronto como hubiera ahorrado suficiente dinero.

Pero ahora no tenía siquiera dinero suficiente para el viaje a España. Al mismo tiempo, el viaje a Granada había sido, naturalmente, una de las razones para escoger Español y no Economía o Deporte. Los de Español viajaban una vez al año a España durante dos semanas. Desde principios de curso se podía ingresar mensualmente algo de dinero en una cuenta en la escuela para lograr reunir así todo aquel dineral. Los viajes a España eran famosos en la escuela y algunos del curso superior que tenían el dinero suficiente habían viajado ya dos o tres veces. Así que tenían que estar bien.

—De algún modo lo arreglaremos —había dicho su madre—. ¿Para qué repartes periódicos? Hombre, Boston, piensa, ¡España! ¡Ni yo he estado nunca allí!

«Como si eso significara mucho —había pensado Boston—. ¿Dónde has estado tú que no sean los Estados Unidos, hace como mil años...?»

—Y no Mallorca o la Costa del Sol o cualquier otro sitio de esos tan baratos. ¡Nada menos que Granada! Es una ciudad realmente estupenda, me ha dicho vuestra señora Hilbert. Hay un castillo y una catedral y...

—De todas maneras, a mí eso no me va tanto —había dicho Boston.

Aunque era mentira. Él sabía bien qué cosas había para ver en Granada. En la sala de ordenadores lo había buscado en internet y lo había mirado en *Google Earth*. Pero eso formaba parte de las cosas que no se deben confesar en la vida. Ni siquiera a la propia madre. A saber a quién podía contárselo ella, orgullosa de su hijo listo, interesado, aplicado; luego se divulgaba por la clase y se armaba la bronca.

—¿Hay tiendas de ropa allí? ¿Y bares?

Su madre lo había mirado desconcertada, luego se había reído.

—Seguro que también hay —había dicho—. En cualquier caso, te he apuntado.

Y con eso estaba decidido.

Mientras Boston observaba la lluvia corriendo hacia abajo sobre la luna del autobús que debía llevarlos de Málaga a Granada porque era más barato que un vuelo directo, se preguntó si no tendría que haber dado marcha atrás. De su promoción sólo eran cuatro: Kadir, Tukan, Sergei y él. De la su-

perior, tres chicas, de las cuales una se llamaba Sylvia y otra Yesim, a la otra no la conocía, y también seis chicos. Los de los cursos superiores eran de todas formas demasiado mayores para él. Quizá podía andar con las chicas. Kadir y Tukan no lo querían de ninguna manera, y que Sergei quería sumárseles había quedado claro ya en el aeropuerto.

Fuera, la lluvia azotaba, dibujando marcas irregulares, el vidrio de la ventana. Casi horizontalmente, gotas pesadas dejaban huellas temblorosas: de adelante hacia atrás, luego, en una curva, cautelosamente y de mala gana, hacia abajo, donde el agua se acumulaba sobre la junta de goma, en el borde inferior de la ventana, hasta que desaparecía finalmente en la chapa de la pared del autobús. Entre tanto, en ocasiones parecía que una gota se detenía un momento, como si dudara hacia dónde seguir antes de continuar rápidamente por el mismo camino que todas las demás.

Y afuera, al otro lado del vidrio, estaba España, estaba la Costa del Sol: urbanizaciones uniformes, bloques de pisos, suburbios sin fin; un hotel con instalaciones de golf pegado a la autovía que elogiaba su ubicación como única en carteles enormes en español, alemán e inglés. «¡Claro que sí!», pensó Boston y tuvo rápidamente la sensación de que estaba un poco más entretenido. A veces aparecía, apenas un instante, una pequeña franja gris mate entre dos colinas detrás del montón de casas, sólo para volver a desaparecer de inmediato: el mar Mediterráneo.

—Joder, menuda mierda, ¿no? —dijo Sergei, que estaba sentado junto a él—. ¿Quieres un chicle?

Boston asintió asustado. Naturalmente, Tukan y Kadir se habían quedado dormidos en los asientos que tenían de-

lante. La cabeza de Kadir estaba apoyada sobre el hombro de Tukan, una chica del curso superior ya los había fotografiado. Muchos se habían quedado dormidos mientras tanto, habían cogido el vuelo más temprano de la mañana porque era el más barato. Sin embargo, Sergei no tenía por qué haber hablado con él. Y de ningún modo haberle ofrecido chicle.

—¡Si mis viejos vieran esto! —dijo Sergei y le ofreció el paquetito de chicles que había abierto sin cuidado alguno—. ¡Mi padre se ha tenido que mamar un montón de horas extra, tío, y mira qué tiempo hace!

Boston respondió asintiendo con la cabeza:

—En esta época del año el tiempo es bastante variable aquí —dijo—. He leído que...

—¡Aquí tenemos al catedrático de nuevo! —replicó Sergei sacudiendo la cabeza, pero Boston notó con alivio que no sonaba realmente agresivo—. Tío, mejore o se quede así, no tienes que leer nada. De todas formas, nada cambia.

—Ya —dijo Boston humildemente.

—Voy a echar una cabezadita yo también —dijo Sergei—. De todas maneras, afuera no pasa nada. Pero cuidadito con no despertarme si me aprieto contra ti, tío. Me apartas de un empujón.

—De acuerdo —dijo Boston. Se apartó de Sergei y se acercó tanto como pudo a la ventana.

Las líneas de la lluvia sobre las ventanillas empezaron a escasear, cada vez más temblorosas. El cielo se despejó. Boston cerró los ojos.

Manuel Corazón sacudió las gotas de lluvia de la lona y la enrolló con movimientos mil veces practicados. Habría sido mejor que la hubiera dejado secar desenrollada todavía un rato, pero en ese momento, en que el sol brillaba ya en lo alto de un cielo azul celeste, aparecían también los primeros turistas en la callejuela, paraguas mojados en mano y, sin embargo, alegres y apaciguados porque el tiempo mantenía de nuevo la promesa que les habían hecho los folletos de viaje.

Él sabía por experiencia que entre las primeras ventas estarían las sandalias, las alpargatas, alguna que otra vez también los zapatos árabes de cuero repujados artísticamente, que los viajeros cambiarían por su calzado empapado en las accidentadas calles de Granada. Ya había dos mujeres frente a su tienda con sus chanclas de goma en las manos.

Manuel sonrió y echó la lona enrollada en el fondo de la tienda junto a las sillas de camello y las fundas sin relleno para cojines. Por la tarde, cuando el último turista ya hubiera desaparecido, la sacaría afuera una vez más y la extendería sobre el suelo. Ya le ofrecían las primeras monedas; las primeras sandalias ya acariciaban los pies infantiles mojados por la lluvia. Ofreció una bolsa a una mujer para que guardara en ella sus zapatos húmedos.

Dos familias con niños reían juntas delante de su escaparate, levantaban zapatos puntiagudos y se mostraban mutuamente ceniceros y brazaletes. Quizá habían venido las dos juntas desde el norte, quizá se habían conocido en la playa o en el restaurante de su hotel. Necesitarían un rato antes de decidir qué querían comprar para sus amigos o para ellos mismos, eso lo sabía Manuel por experiencia. Retrocedió un paso hacia el interior de la tienda. Se podían decidir más fá-

cilmente si él no trataba de convencerlos; eso lo sabían él y los otros comerciantes de la Alcaicería; así eran los del norte. Pero había que aguardar el momento oportuno para, con una sonrisa, conseguir que se acabaran decidiendo. Y tampoco debía observarlos, nada de vigilarlos. Raras veces robaban y nunca nada de valor, si es que alguna vez había ocurrido eso en su tienda.

Manuel se dio la vuelta y miró fijamente la caja de cartón abierta. La pondría delante con los otros azulejos, esos con adornos moriscos, horneados sin embargo en alguna parte de Asia oriental que, con fieltro pegado debajo, debían servir a los compradores como posavasos. Si alguien le preguntaba por qué ése tenía un aspecto tan miserable, gastado y desportillado, él podía responder que justamente en eso residía su valor, en que era el único auténtico, el único antiguo, de una antigüedad que ya no se podía determinar.

Su corazón golpeó con más fuerza. «No sería una mentira —pensó Manuel—. ¿Y por qué debería él explicarles nada más? Lo tomarían de todas maneras por una superstición, quizá lo fuese realmente. Me lo quitaría de encima y el comprador se llevaría una auténtica ganga—. Pensándolo bien, es realmente lo único que hay en mi tienda con lo que sería ilegal cruzar la frontera.»

Cogió la caja y la cargó hasta el frente. Un niño pequeño le tendió con una mano un pájaro de peluche con cuello y patas de alambre de espiral y con la otra un billete de poco valor. Manuel sonrió, cogió el cambio y acarició al niño en la cabeza. Sabía que los del norte elogiaban eso de ellos, su amabilidad con los niños. Y por qué no iba él a darles lo que ellos esperaban. Así compraban otra vez con mucho gusto.

—¡Hola, chico! —saludó Manuel.

El niño retiró la cabeza, corrió hasta su madre y se abrazó a sus piernas. Ya de regreso al hotel, la cabeza y los pies del pájaro se despegarían de los alambres. Por poco dinero sólo se obtiene una felicidad breve.

—Y ésta de aquí también, por favor —dijo un hombre y le puso delante una jarra—. ¿Cuánto es todo?

Manuel colocó la caja con su hallazgo entre los otros azulejos y sacó la cuenta. ¿Por qué tenía aún ese recelo de tocarlo? ¿Quién creía que podía pasar realmente lo que su padre le había contado, y antes que él su abuelo y así indefinidamente hacia atrás en el tiempo? Los seres humanos no desaparecían, no importaba lo que contaran, nunca en voz alta, los más viejos entre los vendedores. Por entonces lo había creído porque era un niño, y la credulidad de un niño —se había explicado a sí mismo mil veces— no era tan fácil de quebrantar después, no importa qué diga la razón. No había vuelto a pasar desde hacía tiempo. Si es que alguna vez había pasado.

«Pero nunca se sabe», pensó Manuel y se santiguó rápidamente. En realidad todo era posible, si la historia había sido transmitida desde hacía generaciones en la Alcaicería. Si jamás nadie había probado lo contrario. Si la puerta aún permanecía abierta.

Pronto algún comprador iba a llevarse una ganga. Nadie podía sospechar en qué consistía.